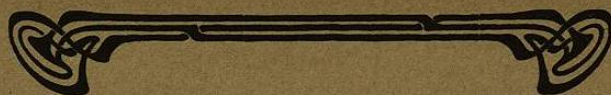


se quedase allí solo. El no se inmutó y les dijo:

—Muy bien; me es igual; os esperaré hasta que volváis. Ya os lo he dicho: entre amigos no debe haber ceremonias. Hacéis bien en ir á despachar vuestros asuntos, ¡qué diantre! No me formalizaré por eso; muy al contrario, ello me pone en buena armonía con vosotros. Marchaos, amigos míos; os espero.

El señor y la señora de Mérout fuéronse al día siguiente.

Aún los aguarda.



EL HUÉRFANO

LA señorita Source había adoptado á aquel muchacho en otro tiempo en circunstancias bien tristes. Contaba entonces treinta y seis años y su deformidad (cuando pequeñita había resbalado de las rodillas de su niñera y caído en la chimenea, y todo su rostro, espantosamente quemado, había quedado horrible), su deformidad habíala decidido á no casarse, no queriendo que nadie la tomara en matrimonio por su dinero.

Una vecina que había enviudado hallándose encinta, murió al dar á luz, no dejando ni un céntimo á su hijo. La señorita Source recogió á la criatura, buscóla una nodriza, la educó, la envió al colegio, y á los catorce años llevósela á su lado, con el fin de tener en su vacía casa alguien que la amase,

que cuidara de ella, que le hiciese llevadera la vejez.

Habitaba una pequeña posesión campestre á cuatro leguas de Rennes, en la cual vivió desde entonces sin criada. Habiendo aumentado sus gastos en más del doble desde que llegara el huérfano, sus tres mil francos de renta no podían bastar para mantener á tres personas.

Guisaba y hacía ella misma las faenas de la casa, enviando á los recados al chico, que además tenía á su cargo el cultivo del jardín. El huérfano era dulce, tímido, callado y cariñoso. Y experimentaba la pobre mujer una alegría profunda, una alegría nueva, diciendo que él la abrazaba sin parecer sorprendido ó asustado ante su fealdad. Llamábala tía y la trataba como á una madre.

Por la noche los dos tomaban asiento al amor de la lumbre, y ella le obsequiaba con mil chucherías. Calentaba vino y tostaba una rebanada de pan, y hacían una cenita deliciosa antes de irse á la cama. En ocasiones le tomaba sobre sus rodillas y le cubría de caricias, murmurando á su oído palabras tiernamente apasionadas. Llamábale «su florecita, su querubín, su ángel adorado, su alhajita». Él se



dejaba acariciar, ocultando el semblante en el hombro de la anciana.

Aun cuando contase entonces quince años, seguía siendo delgadito y bajo, y tenía como siempre enfermizo aspecto.

A veces la señorita Source llevábale á la ciudad á ver á dos parientes que tenía, dos primas casadas, su única familia, que vivían en las afueras. Censurábanle aquellas mujeres por haber adoptado

al muchacho, á causa de la herencia; pero la recibían no obstante con afabilidad, esperando su parte, un tercio sin duda, si se dividía lo que dejase por igual.

Era feliz, muy feliz, y pasaba todo el día ocupada en atender al muchacho. Le compró libros á fin de que cultivase su ingenio; él se entregó á la lectura con pasión.

Por la noche no le tomaba ya en sus rodillas para acariciarle, como en otro tiempo; mas él iba á sentarse en su silla baja, en un extremo de la chimenea, y clavaba los ojos en el volumen. El quinqué, colocado al borde mismo de la mesita, encima de su cabeza, iluminaba sus rizados cabellos y un trozo de la piel de la frente; él no se movía, no alzaba los ojos, no hacía ni un gesto, y leía, internado, desaparecido enteramente en la aventura del libro.

Ella, sentada frente al muchacho, contemplábale con mirada ardiente y fija, asombrada con su atención, celosa, faltándole muy poco, en ocasiones, para llorar.

Decíale á cada momento: «Te fatigarás, tesoro mío», esperando que alzaría la cabeza y dejaría

el libro para abrazarla; pero él ni siquiera respondía; no había oído; no había comprendido; no sabía nada más que lo que veía en aquellas páginas.

Durante dos años devoró volúmenes en número incalculable. Su carácter cambió.

Muchas veces seguidas pidió á la señorita Source dinero, que ella le entregó al principio. Mas como nunca se saciaba, acabó por negárselo, pues nuestra solterona tenía orden y energía, y sabía ser razonable cuando era menester.

A fuerza de súplicas obtuvo de ella una noche una crecida cantidad; pero, como otra vez la pidiese dinero, pocos días después, mostróse inflexible; y, en efecto, no llegó á ceder.

Él pareció tomar su partido.

Volvió á mostrarse tranquilo como en otro tiempo; tornó á gustarle pasar horas enteras sentado sin moverse, baja la vista, sumergido en sus ideas. No hablaba ni siquiera á la señorita Source, respondiendo apenas á lo que le preguntaba, y con frases cortas y precisas.

Era amable para ella, á pesar de todo, y colmábala de atenciones: mas no la abrazaba nunca.

Ahora, por la noche, cuando los dos se encontra-

ban frente á frente en ambos extremos de la chimenea, inmóviles y silenciosos, ella asustábase á veces. Quería despertarle, decirle algo, cualquier cosa, para salir de aquel silencio, tan horrible como las tinieblas de un bosque. Pero él parecía no oírla, y ella estremecíase entonces con un terror de pobre mujer débil, cuando le había hablado cinco ó seis veces seguidas sin obtener de sus labios ni una sola palabra.

¿Qué tenía? ¿Qué ocurría en aquella cabeza cerrada? Cuando había pasado así dos ó tres horas frente á él, sentía volverse loca, pronta á huir, á escapar al campo, para evitar aquella muda y eterna compañía, y también un peligro vago cuya existencia no sospechaba, pero que sentía.

A veces, cuando estaba sola, lloraba.

¿Qué tenía aquel hombre? Si ella mostraba un deseo, al instante él lo satisfacía. Si necesitaba alguna cosa de la ciudad, á la ciudad iba él inmediatamente. No tenía por qué estar quejosa de él; todo lo contrario. Y, esto no obstante...

Pasó un año más, un año durante el cual á la solterona le pareció que una nueva modificación habíase opeado en el cerebro misterioso del joven. Dió-

se cuenta de ello, lo sintió, lo adivinó. ¿Cómo? ¡No importa el cómo! Estaba segura de no haberse engañado; mas no hubiera podido decir en qué los pensamientos desconocidos de aquel extraño ser habían podido cambiar.

Parecióle que había vivido hasta entonces cual hombre vaciloso que de repente toma una decisión. Acometióle esta idea un día que sus ojos tropezaron con la mirada de él, una mirada fija, singular, que no conocía.



A partir de entonces, él la contemplaba á cada momento; y ella tenía deseos de ocultarse para evitar aquella mirada fría, clavada en su persona.

Noches enteras pasábase contemplándola, y no apartaba de ella los ojos sino cuando la solterona, no pudiendo resistir más, le decía:

—¡No me mires así, hijo mío!

Él bajaba entonces la cabeza.

—Pero, en cuanto volvía la espalda, sentía la pobre mujer que de nuevo la estaba contemplando;

donde quiera que fuese, allí la perseguía la obstinada mirada del joven.

En ocasiones, cuando se paseaba en su pequeño jardín, divisábale de pronto acuclado en un macizo, cual si se hubiera emboscado allí; ó bien, si se instalaba delante de la casa á arreglar medias, mientras el joven arreglaba un cuadrito de legumbres, notaba que él la miraba sin cesar en su trabajo, solapada y continuamente.

En vano le preguntaba:

—¿Qué tienes, hijo mío? Hace tres años que no eres lo que antes eras. No te reconozco. Dime qué tienes, qué piensas, te lo suplico.

Él respondía invariablemente, con tono tranquilo y fatigado:

—¡Pero si no tengo nada, tía!

Y si ella insistía, suplicante: «Vaya, hijo mío, respóndeme, respóndeme cuando te dirija la palabra. Si tú supieras la pena que me causas, me responderías siempre y no me mirarías de ese modo. ¿Tienes algún pesar? Cuéntamele, te consolaré...», él se marchaba murmurando:

—Te aseguro que no me ocurre nada.

No había crecido mucho, y seguía teniendo el as-

pecto de un niño, aun cuando sus rasgos fisonómicos fueran los de un hombre. Sin embargo, mostrábanse duros é inacabados. Parecía incompleto, mal nacido, esbozado únicamente é inquietador como un misterio. Era un ser cerrado, impenetrable, en quien parecía tener lugar constantemente un trabajo mental activo y peligroso.

La señorita Source sentía bien todo esto y no dormía de angustia. Espantosos terrores y horribles pesadillas la asaltaban. Encerrábase en su aposento, atrancando la puerta, torturada por el espanto.

¿De qué tenía miedo?

No lo sabía.

Miedo de todo; de la noche, de las paredes, de las formas que la luna proyecta á través de las blancas cortinas, y miedo de él sobre todo.

¿Por qué?

¿Qué tenía que temer? ¿Lo sabía ella?...

¡El caso era que no podía vivir de aquel modo! Estaba segura de que una desgracia, una desgracia horrible, la amenazaba.

Salió de casa en secreto una mañana y fué á la ciudad á casa de sus parientes. Refirióles la cosa

con jadeante voz. Las dos mujeres pensaron que iba á volverse loca y trataron de tranquilizarla.

Ella decía:

—¡Si supierais cómo me mira desde por la mañana hasta por la noche! ¡No aparta de mí sus ojos! Momentos hay en que tengo intención de pedir socorro, de llamar á los vecinos, tanto miedo me acomete. Pero, ¿qué les iba á decir? No hace más que mirarme.

Las dos primas preguntaban:

—¿Es á veces brutal con usted? ¿La responde á usted duramente?

Ella proseguía:

—No, nunca; hace todo lo que yo quiero; trabaja bien, es ordenado; mas no puedo menos de sentir miedo. Tiene algo en la cabeza, estoy segura de ello, muy segura. Y no quiero vivir sola con él en el campo.

Las primas, asustadas, hicieronla observar que aquello admiraría á las gentes, que no se comprendería aquello, y le aconsejaron acallase sus temores y renunciara á sus propósitos, sin disuadirla, no obstante, de ir á vivir en la ciudad, esperando conquistar la herencia entera.

Hasta la prometieron ayudarle á vender su casa y á encontrar otra cerca de la suya.

La señorita Source regresó á su domicilio. Pero tenía el cerebro tan trastornado, que se estremecía



al menor ruido y sus manos poníanse á temblar á la menor emoción.

Dos veces más volvió á tomar consejo de sus parientes, bien resuelta á no continuar de ningún modo en su aislada vivienda. Descubrió, por fin, en el

arrabal un pabelloncito que le convenía, y le compró en secreto.

La firma del contrato tuvo lugar el martes por la mañana, y la señorita Source empleó el resto del día en hacer sus preparativos de traslado.

A las ocho de la noche tomó la diligencia que pasaba á un kilómetro de distancia de su casa, é hizo parar en el sitio donde el conductor la dejaba ordinariamente. El hombre la gritó, voceando á los caballos:

—¡Adiós, señorita Source; buenas noches!

Ella respondió, alejándose:

—Buenas noches, tío José.

Al siguiente día, á las siete y media de la mañana, el peatón que lleva las cartas al pueblo divisó en el camino de travesía, no lejos de la carretera, un gran charco de sangre fresca aún. Y se dijo: «¡Bah!; será que alguien la habrá echado por la nariz.» Pero encontró diez pasos más allá un pañuelo de bolsillo también manchado de sangre. Lo recogió. La tela era fina. Y el peatón, sorprendido, se acercó á la zanja, donde creyó distinguir un objeto extraño.

La señorita Source estaba tendida sobre la hierba del fondo, abierta la garganta por una cuchillada.

Una hora después los gendarmes, el juez de instrucción y muchas autoridades hacían suposiciones en torno del cuerpo.

El huérfano fué detenido. Desde la muerte de la que le había adoptado lloraba todo el día, sumergido, al menos al parecer, en la más honda de las penas.

Demostró que había estado toda la velada, hasta las once, en un café. Diez personas le habían visto, y habían permanecido allí hasta su marcha.

Y el cochero de la diligencia declaró haber dejado en el camino á la asesinada entre nueve y diez. El crimen no podía haber tenido lugar sino en el trayecto comprendido entre la carretera y la casa, y lo más tarde á esta última hora.

El detenido fué puesto en la calle.

Un testamento, ya antiguo, depositado en casa de un notario de Rennes, hacía le heredero universal; posesionóse de lo suyo.

Durante mucho tiempo, las gentes del país le miraron mal, sospechando siempre. Su casa, la de la muerta, era tenida por una casa maldita. Rodeábase para no encontrarle en la calle.

Pero él se mostró tan buen muchacho, tan abier-

to, tan tratable, que dispóse poco á poco la tremenda duda. Era generoso, espléndido, y hablaba



con los humildes de cualquier cosa y tanto como ellos querían.

El notario, maese Rameau, fué uno de los primeros en hacerse amigo suyo, seducido por su jovial locuacidad. Declaró una noche, en una comida en casa del recaudador de contribuciones:

—Un hombre que habla con tanta facilidad y está siempre de tan buen humor, no puede tener semejante crimen en la conciencia.

Impresionados por este argumento los asistentes reflexionaron, y recordaron, en efecto, las largas conversaciones de aquel hombre, que les detenía, casi por fuerza, en el extremo de los caminos, para comunicarles sus ideas, que les obligaba á entrar en su casa cuando pasaban por delante de su jardín, que tenía mejores palabras aún que el teniente de gendarmes y la alegría tan comunicativa que, á pesar de la repugnancia que inspiraba, no había más remedio que reir estando á su lado.

Todas las puertas se abrieron para él.

Actualmente es el alcalde de su pueblo.



Sentóse, abrió un cajón, y sacando una fotografía, después de mirarla y darle un beso, la dejó encima de la mesa y empezó una carta:

Mi adorable Irene: Habrás recibido un recuerdo mío; ahora, solo en mi casa, pensando en ti...

No pasó adelante; dejando la pluma, levantóse; iba y venía...

Desde Marzo tenía una querida, no una querida como las otras, mujer de aventuras, actriz, callejera ó mundana; era una mujer á la que había pretendido y logrado con verdadero amor. Él ya no era un joven; pero distando todavía de ser viejo, miraba seriamente las cosas á través de un prisma positivo y práctico.

«Hizo balance» de su pasión, como lo hacía siempre al terminar el año, de sus amistades y de todas las variaciones y sucesos de su existencia.

Ya calmado su primer apasionamiento ardoroso, podía examinar con precisión hasta qué punto la quería y cuál pudiera ser el porvenir de aquellos amores.

Descubrió arraigado en su alma un cariño profundo, mezcla de ternura, encanto y agradecimien-

to, poderosos lazos que sujetan para toda la vida.

Un campanillazo le hizo estremecer. Dudó. ¿Abriría? Es preciso abrir á un desconocido, que al pasar llama en la noche de Año Nuevo.

Cogió una bujía, salió al recibimiento, hizo girar la llave, trajo hacia sí la puerta... y vió en el descansillo á su querida, pálida como un cadáver y apoyando una mano en la pared.

Sorprendido, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella dijo:

—¿Puedo entrar?

—¡Ya lo creo!

—¿No me verá nadie?

—Absolutamente nadie.

—¿Ibas á salir?

—No...

Entró—como quien tiene muy conocida la casa—

